

Al oído del profe

¿UN ASUNTO SÓLO DE LA CLASE DE LENGUAJE?

GLORIA RINCÓN BONILLA. PROFESORA
ESCUELA DE CIENCIAS DEL LENGUAJE DE LA UNIVERSIDAD DEL VALLE¹

Diversas prácticas de lectura y escritura requieren enseñanzas y aprendizajes particulares que no pueden ser exclusiva responsabilidad del docente de lenguaje.

Como todos sabemos, la mayor parte de la experiencia escolar pasa por la lectura y la escritura. Por ejemplo, en las clases de ciencias naturales se leen los manuales escolares u otros textos que los profesores llevan al aula para ampliar los conocimientos que pretenden explicar. Además, se toman notas de las exposiciones efectuadas en clase, se elaboran resúmenes de las lecturas, se registran las respuestas a interrogantes formulados y se elaboran informes de experimentos.

Entre otras actividades frecuentes, en las clases de ciencias sociales se leen crónicas históricas, descripciones de paisajes o regiones naturales, se escriben notas de síntesis sobre estas lecturas y descripciones de lugares que se visitan, y se narran pasajes de procesos de históricos.

Igualmente, en las clases de matemática se pide leer enunciados de problemas que hay que resolver, se entregan talleres con listados de algoritmos para operar con ellos y también se pide narrar procedimientos seguidos y, a veces, construir problemas.

En estos ejemplos puede notarse la presencia de diversas prácticas de lectura y escritura que se efectúan en áreas diferentes a las de lenguas, bien sea en la materna o en la extranjera. En estas prácticas se sustenta la afirmación de que la lectura y la escritura son fundamentales para el aprendizaje en general; este es un concepto que nadie se atreve a cuestionar.

Sin embargo, los desacuerdos comienzan en el momento de atribuir la responsabilidad del aprendizaje de estas habilidades. Para muchos docentes, la responsabilidad recae únicamente en los profesores de lengua materna. Ligada a esta consideración está la creencia de que leer y escribir se hace siempre igual y de la misma manera. Por esto, los defensores de esta idea plantean que si se ha enseñado a leer y escribir “bien” en esta clase –donde casi todos los textos leídos son de carácter literario–, no debe haber problemas cuando los estudiantes sean enfrentados a comprender o a producir textos en otras áreas del conocimiento.



Hablar ciencia

Bien, para ayudar a enfocar de modo diferente esta situación, los invito a analizar la siguiente cita de Lemke²: “Hablar ciencia no significa simplemente hablar acerca de la ciencia. Significa hacer ciencia a través del lenguaje. Hablar ciencia significa observar, describir, comparar, clasificar, analizar, discutir, hipotetizar, teorizar, cuestionar, desafiar, argumentar, diseñar experimentos, seguir procedimientos, juzgar, decidir, concluir, generalizar, informar, escribir, leer y enseñar en y a través del lenguaje de la ciencia”.

Releamos la última parte de la cita: “[...] escribir, leer y enseñar en y a través del lenguaje de la ciencia”. ¿Esto puede hacerse en la clase de lengua? ¿No es acaso esto lo que habría que hacer en cada una de las áreas, si se está interesado en enseñar una ciencia en particular?

Porque subyace a la afirmación de Lemke la concepción de que el lenguaje no es homogéneo: no se habla, se lee y se escribe siempre del mismo modo. Como hace varios años escribió Emilia Ferreiro³, estos verbos son transitivos: alguien hace algo con algo. Un experto o un aprendiz, hablan, leen o escriben un texto de ciencias naturales, de ciencias sociales o de humanidades.

No puede esperarse, por tanto, que el dominio de esos lenguajes propios de cada área, presentes en textos escritos en modos propios para cada campo de saber –se trate de informes científicos, crónica histórica, enunciado de un problema, ensayo

filosófico–, sean responsabilidad del docente de lengua y literatura, o que el estudiante tenga que apropiarse de ellos de manera inconsciente, simplemente porque le toca leerlos y escribirlos.

Por el contrario, la enseñanza del lenguaje propio de cada materia hace parte de las enseñanzas para aprenderla, y en gran medida, es una responsabilidad de las decisiones curriculares de las instituciones escolares, como explicaré más adelante.

Esta forma de concebir la lectura y la escritura como prácticas diversas, complejas y situadas se desprende de una concepción de la enseñanza de éstas como un desafío que trasciende ampliamente la alfabetización en sentido estricto. Es decir, dicha forma expresa la creencia tan fuertemente arraigada en la vida escolar de que basta con conocer y diferenciar las letras para poder leer y escribir; y que, como sabemos, se corresponde con los métodos alfabéticos, silábicos y de palabras en los grados iniciales, o con el énfasis en aspectos formales en la redacción de frases u oraciones en los siguientes grados de la escolaridad.

No es sólo corregir gramática

Alfabetizar, en un sentido amplio, es, como escribe Emilia Ferreiro⁴, “[...] un continuo que va desde la infancia a la edad adulta y, dentro de ésta, un continuo de desafíos cada vez que nos enfrentamos con un tipo de texto con el cual no hemos tenido experiencia pre-

Al oído del profe

via". Y, con los textos propios de las áreas escolares no se tiene experiencia previa en la vida cotidiana; y la clase de lengua no puede facilitar esa experiencia.

¿Qué hacer para asumir esta responsabilidad si los profesores no estamos preparados para enseñar a adquirir estas habilidades, porque no fuimos formados sobre este objeto?

Me parece que hay por lo menos dos recomendaciones para tener presentes:

Primero, en la enseñanza de todas las áreas, es necesario hacer visible la importancia que se declara sobre las prácticas de lectura y escritura. No hay que creer que dicha importancia tiene que ver con hacer correcciones gramaticales, ortográficas o en imponer muchas tareas de lectura y escritura.

Segundo, antes de poner a leer o a escribir un texto a nuestra clase debemos evaluar no sólo los conceptos de nuestra área presentes en el texto, sino qué clase de texto estamos pidiendo, qué características son propias de esos textos en nuestra área, cómo debe ser el discurso propio de la disciplina, y cómo hacer para que los estudiantes tengan esto presente, es decir, hacer una reflexión mucho más profunda sobre cómo se aprende y cómo se enseña por medio de los textos.

Debido a que en la vida escolar cada planteamiento que se efectúa para mejorar la enseñanza se vive como una nueva carga, queremos advertir que cuando hablamos de enseñar a leer y a escribir los textos propios de cada área o disciplina no estamos proponiendo "inventar" situaciones extraordinarias para estas enseñanzas. Por el contrario, lo que estamos planteando es detenernos a reflexionar sobre las múltiples y frecuentes prácticas que median el aprendizaje de nuestras disciplinas con el fin de transformarlas, de aprendizajes que parecen obvios y que los estudiantes deben apropiarse porque son fáciles –para nosotros–, e identificar como objetos de reflexión y de enseñanza que son importantes por sí mismos.

Esta labor debe ser continua y debe contar con la participación de toda la comunidad educativa –por eso expresamos que es responsabilidad de las decisiones curriculares institucionales–.

Sólo tendremos éxito en mejorar las habilidades de lectura y escritura, si, como escriben Tolchinsky y Simó, "[...] desde el principio y a lo largo de toda la escolaridad tenemos claro que aprender a leer y a escribir consiste en ir participando de manera

cada vez más competente en una comunidad que usa la lengua escrita tanto para comunicarse en las actividades de su vida presente como para conectarse con el saber acumulado [...]".

También es necesario aclarar que no estamos proponiendo la enseñanza de todos los géneros discursivos o de todos los tipos textuales existentes, tarea que además de imposible es inútil. Lo que estamos proponiendo son situaciones de enseñanza en las que los niños, las niñas y los jóvenes se den cuenta y comprendan la necesidad de los componentes y elementos propios de unos discursos, y de los textos en los que ellos se concretan, y que éstos varían de acuerdo con la comunidad discursiva donde están insertos y la situación retórica específica.

¹ Coordinadora de la Red Latinoamericana de Transformación Docente en Lenguaje. glrincon@univalle.edu.co

² *Aprender a hablar ciencia*, Jay L. Lemke, Editorial Paidós, Madrid, 1997.

³ Ferreiro, Emilia (2001). *Pasado y presente de los verbos leer y escribir*. México: FCE.

⁴ "Cultura escrita y educación: Conversaciones de Emilia Ferreiro con José Antonio Castorina, Daniel Goldin y Rosa María Torres. Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1999

⁵ Liliana Tolchinsky y Rosa Simó, *Leer y escribir a través del currículum*, Editorial Horsori, Barcelona, 2001.



Fotografías: Juan Pablo Duarte, Prensa SED

Áreas diferentes requieren lenguajes diferentes: la enseñanza del lenguaje propio de cada materia hace parte de las enseñanzas para aprenderla. Izquierda, dos alumnos del Colegio Gabriel Betancourt practican la lectura en la pantalla de un portátil; derecha, práctica de laboratorio de biología en un aula de educación media en Bogotá.



No puede esperarse que el dominio de los lenguajes propios de cada área sean responsabilidad exclusiva del docente de lengua y literatura.